

Ximénez: tragicomedia de un reportero

ANDRÉS VERGARA AGUIRRE

"La vida es triste, la vida es una composición de absurdos".

José Joaquín Jiménez

Ximénez llegó a Barrancabermeja en vísperas de la huelga petrolera de 1935. Primero, ni las atenciones de los empresarios y de los políticos, ni los coqueteos de los agitadores lo hicieron tomar partido. Observó, escribió y envió sus artículos a *El Tiempo*. Después, ni las amenazas de unos y otros lo hicieron retractarse. "Soy un reportero y cuento lo que veo, nada más" dijo. Ni en las indagatorias ante el inspector, ni ante los huelguistas, se amedrentó. Los poderosos intrigaron para que lo destituyeran del periódico, los obreros lo acorralaron y lo zambulleron en el río. Entonces, todavía destilando agua, se sintió feliz porque él, que apenas iba a cumplir los veinte años, acababa de recibir el verdadero bautizo en el periodismo. La crónica en la que contó estos sucesos fue publicada seis años después en *El Tiempo*. Quedó como un testimonio de vocación por este oficio.

José Joaquín Jiménez (Bogotá, 1915-1946) representa un interesante fragmento del periodismo colombiano. En su obra se refleja un sentido profundamente humano y una gran pasión por este oficio. Sus crónicas y reportajes tienen una mezcla de fiesta y de tragedia, de lamento y de burla; él cultivó un

estilo que sus contemporáneos llamaron la *Ximenidad*.

Ximénez como periodista es demasiado subjetivo, pero su subjetivismo no está motivado sólo por ideologías o conveniencias: expresa el sentimiento sincero del periodista que busca conmover al lector, por eso en su escritura se tomó licencias que sólo le estuvieron permitidas a él, niño mimado de la prensa colombiana.

Aunque muchas veces sus crónicas están perfumadas de ficción, presentan hechos y personajes reales que conquistan la credibilidad del lector y reflejan preocupación por la estética.

En sus crónicas y reportajes muestra la constante búsqueda de nuevas técnicas unida a la gran agilidad de su pluma. En Ximénez tenemos a uno de los precursores del reportaje en Colombia que alcanzó notoriedad en las décadas del treinta y del cuarenta.

TEMPRANA VOCACIÓN

José Joaquín, de espíritu aventurero, a muy corta edad comenzó su peregrinar. Los sufrimientos tempranos, fruto de la pobreza y la orfandad, le fueron templando el alma.

En él la vocación por el periodismo se manifestó pronto porque lo llevaba en la sangre. José Joaquín Ortiz, su bisabuelo materno, fue poeta y periodista. Su padre, Rafael Jiménez Triana,

Fue uno de los mejores cronistas judiciales que ha tenido Colombia en el siglo XX. Sus crónicas y reportajes publicados en los años treinta y cuarenta tienen una mezcla de fiesta y de tragedia, de lamento y de burla. Como reportero y columnista de *El Tiempo*, *El Espectador*, *Estampa* y otros periódicos y revistas, José Joaquín Jiménez cultivó un estilo original que sus contemporáneos no dudaron en llamar la *Ximenidad*.

también fue periodista, y además, un estudioso: ingeniero, médico y abogado. Fundó la librería Concha y Michelsen, habitada sólo por clásicos.

Ximénez, voraz lector, encontró en la biblioteca paterna suficiente alimento para saciar su hambre de lectura durante su época de estudiante.

Su formación está muy marcada por siete años de estudio, en colegios religiosos. La primaria la cursó en el colegio Salesiano León XIII, y los dos años de bachillerato en el Colegio Mayor de San Bartolomé, donde estuvo becado.

La educación de sacerdotes y religiosos lo influenció profundamente; además de su actitud de hombre piadoso, se siente un alto grado de moralismo en su obra.

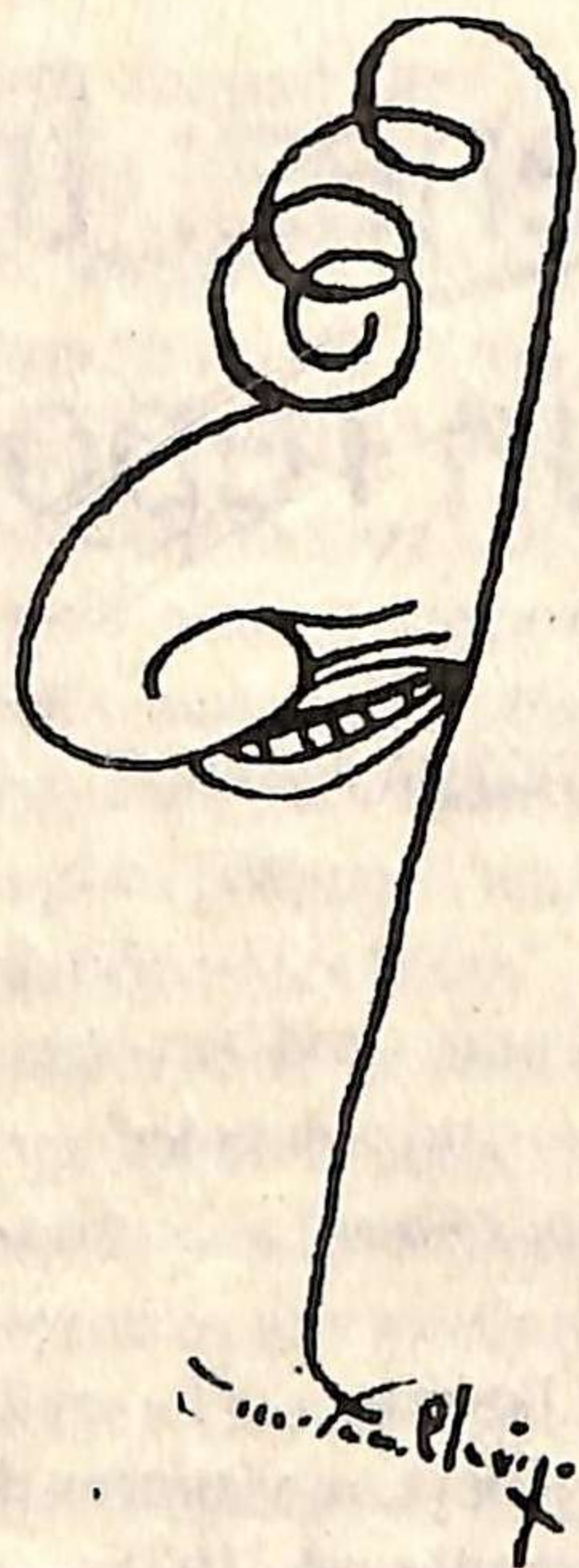
A los 13 años abandonó el colegio, acosado por las urgencias económicas de su familia y por su sed de aventuras.

NIÑO PERIODISTA

Tenía trece años, un cuerpo muy largo para su edad, y ya en su actitud asomaba el vagabundo, cuando comenzó a trabajar como quitapliegos en la Imprenta Nacional.

Las labores se iniciaban a las siete de la mañana, pero José Joaquín muchas veces llegaba tarde, pues se distraía en el almacén de Pedro S. Rey, en la Plaza de Bolívar, mirando por la vitrina los juguetes con los que soñaba.

Al llegar a la imprenta, el encargado de controlar los horarios le enseñaba, con malicia, su cuadernillo, donde nunca anotaba la falta, y Ximénez le respondía con su sonrisa amplia, transparente, esa sonrisa que fue casi permanente en él, y que era como el epílogo de una tragicomedia.



Encaramado sobre la tarima de la vieja prensa de cilindro, acomodaba los pliegos impresos para que no se repisaran. Pero muchas veces se ensimismaba y cuando se daba cuenta ya había cuatro o cinco pliegos repisados y sucios.

Con el sueldo de los primeros diez días trabajados (\$ 6.66) compró una escopeta de juguete en el almacén de Pedro S. Rey.

Llevaba cinco meses en la imprenta cuando fue despedido porque, en una actitud de niño ingenuo y soñador, se robaba los tipos con el anhelo de formar una pequeña imprenta en la casa para editar sus propios versos.

Después tuvo otros empleos, durante breves períodos: ayudante de carpintería, secretario de un congresista... En una ocasión intentó hacer vida de comerciante: alquiló dos mulas, las cargó con cachivaches y se fue con la intención de venderlos en los Llanos Orientales. Pero el calor del sol, durante largas jornadas, deterioró la mercancía.

Regresó a casa sin sentir el peso del fracaso; había perdido su pequeño capital, pero conocer tierras nuevas había despertado al trotamundos que siempre habitó en él.

Entonces ya no pudo quedarse en casa; quería viajar, conocer, vagabundear. Con esa curiosidad que siempre lo empujó a meter su enorme nariz en todas partes, se fue a Barranquilla, y de allí partió hacia Ponedora, una pequeña población del Atlántico en la que ejerció el cargo de Agente de Rentas.

Al regresar a Bogotá estuvo dedicado a la lectura durante algún tiempo, pero pronto volvió a partir; emprendió el camino a Cartagena, por tierra, y allí se embarcó en un bote hasta San Andrés, donde un amigo de la familia le ofreció el cargo de Secretario de Intendencia. El desempeño del nuevo empleo no le impidió hacer vida de marino y de bohemio prematuro. Ese período lo marcó hondamente y el resto de su vida fue una larga evocación de aquellos días.

En San Andrés conoció a Nella Jay Pang, su primera novia. Era hija de un inmigrante chino y tenía catorce años. Ximénez nunca pudo olvidarla; en muchos de sus relatos evocativos aparece la muchacha que un día se fue por el mar en busca del Oriente y nunca regresó.

Durante su estancia en San Andrés José Joaquín dio rienda suelta a su espíritu rebelde y aventurero. Quizás desde entonces conservó esa actitud festiva y parrandera que lo caracterizó.

De la isla regresó a los 16 años de edad, con el alma cargada de nostalgias prematuras y la cabeza poblada de sueños. De inmediato se vinculó al periódico El Tiempo, donde transcurrió casi toda su carrera periodística.

A finales de 1932 llegó al periódico a cumplir con la tarea de recibir y clasificar la información telegráfica. Pronto comenzaron a aparecer sus columnas, sin firma, que a veces tenían visos de crónica. Meses

después de publicado su primer artículo lo encargaron de la crónica judicial del periódico.

Fue así como a sus 16 años ese muchacho flaco y de sonrisa infantil ingresó al mundo de los adultos. Al comienzo mostró una candidez propia de adolescente en su modo de redactar los sucesos diarios. Sin disimulo, sin ningún recato, expresó su interés en las noticias graves, succulentas, sangrientas; fue un sensacionalista.

No buscó la noticias escuetas, económicas en palabras, sino que las adornó, y a veces las prologó con sus reflexiones:

“La espuela de la neurastenia se hinca en la carne desnuda de la ciudad cuando la lluvia y el frío insistentes decoran el ambiente. El día de ayer no se dio la mano con el cronista, fue un día embriagador de sombras y lleno de murria”.

Ximénez fue un cronista moralista, a veces burlón, y casi siempre juez. Se rió de los protagonistas de la noticia, y en ocasiones hasta los regañó. También se enojó con los delincuentes cuando no le facilitaron buen material para su Crónica de Sucesos:

“La noche de ayer, toda ella, sí que fue un caso de policía. Un rotundo caso de policía, pero no picaresco y atractivo sino neurasténico, horriblemente neurasténico. Ni llovió ni hizo luna. Ni frío ni calor. Una atmósfera híbrida de patriarcal aburrimiento lo cubría todo. Los señores maleantes, en víspera de Corpus y otros acontecimientos de importancia, resolvieron hacerse los santurriones, hacerse los buenos,

edificar con su paz y sosiego, para que los ilustres personajes que nos visitan no se vayan a llevar de esta

pobre ciudad nuestra, ni el más insignificante recuerdo desagradable.

Está muy bien para ellos, pero no para nosotros, señor lector, que tendremos que disponernos fatalmente a dar lata, con dos o tres casitos minúsculos, que fueron los únicos que ayer se registraron”.

Ximénez escribía unas noticias pintorescas, burlonas, llenas de gracia y colorido. Algunas las redactaba en rima, poniendo al servicio de la crónica judicial su gran capacidad para versificar. También usaba la picardía, la insinuación, que ponía a volar la imaginación del lector:

“Doña Rufina Escobar, mujer de partes hermosas, de muy donairoso andar y dotada de otras cosas de las cuales no hay que hablar...”

Esta misma noticia, más adelante, muestra a un periodista subjetivo, sin limitaciones en la técnica para buscar formas de presentar la noticia. Aquí entra a la conciencia de los personajes:

“Doña Rufina pensaba... ¿Por qué no iba a pensar doña Rufina? Pensaba, decimos, en algunos asuntillos que la traen y la llevan presa en cárceles de amor, y veía cómo la vida le pasaba por el frente, como resultado de los efectos de algunas dosis de licor que en grata compañía había ingerido.

Decimos que doña Rufina pensaba. Y agregamos que Antonio Luis Lince, hombre que tiene ojos de ídem, antiguo enamorado de doña Rufina, vióla allí, adivinóle su pensamiento e hirióla. ¡Hola! preguntará usted lector amable. Pues sí, hirióla de gravísima puñalada en el flanco derecho, de cuyas resultas doña Rufina hubo de ser hospitalizada...”

RASCAMUELAS

A comienzos de 1935 Bogotá estuvo muy pacífica. Hubo escasez de robos, riñas y asesinatos. Ximénez se aburría ante la ausencia de noticias sensacionales para sus lectores.

En marzo de ese año surgió Rascamuelas, un ladrón hábil, comandante de una gran banda. Entonces comenzó la racha de robos. El Tiempo diariamente informaba de asaltos, a veces simultáneos, ocurridos en diferentes lugares de la ciudad.

Con el paso de los días Rascamuelas se hizo famoso. La gente sentía gran curiosidad por la identidad del ladrón. Lo único que conocían de él era la descripción dada por el cronista:

“Alto de cuerpo, calentano de condición, vestía de blanco y usaba sobretodo negro, sobre todo por las noches, en que sentía frío, e iba armado de pistola, puñal y manopla...”

El interés de los lectores aumentaba y muchos ciudadanos, quizá sugestionados, tal vez con ganas de protagonismo, denunciaban delitos cometidos por el peligroso criminal. Ya casi todos los robos que sucedían en Bogotá eran atribuidos a Rascamuelas.

El General De León, prefecto de la policía, estaba desesperado. Organizaba redadas en las noches, atrapaba otros delincuentes, pero el gran ladrón no caía. Y al día siguiente, al buscar en la crónica de sucesos, encontraba noticias como esta:

“Un cuantioso y audaz robo fue perpetrado ayer tarde, por individuos pertenecientes a la famosísima banda de Rascamuelas, jefe de apaches y espejo de rateros que, a pesar de todas las gestiones de la policía, no ha sido capturado”.

Finalmente, quizás compadecido por la desesperación del general, Ximénez decidió confesarle la verdad: Rascamuelas era obra suya, había salido de su imaginación para auxiliarlo en su labor periodística ante la escasez de noticias. Ignoramos cómo reaccionó el general De León.

RODRIGO DE ARCE

Ximénez, a sus 18 años, lleno de rebeldía y sediento de aventuras, no quería repetir. Siempre estaba en busca de la innovación.

En aquella época los suicidios eran muy comunes. Una de las formas de suicidio preferida por los bogotanos era la caída libre al Salto del Tequendama. Un suicidio ya no era novedoso, mucho menos los del Salto. Ximénez quería brindar algo nuevo a sus lectores, por eso le dio una novedad al cubrimiento periodístico de los suicidios.

Una mañana fue hasta el Salto del Tequendama a cubrir la noticia de un suicidio. Allí había una piedra conocida como la Piedra de los Suicidas porque desde ella se lanzaba la mayoría. Muchos, como en un rito, se quitaban el saco o el abrigo y lo dejaban sobre la piedra.

Esa mañana, José Joaquín escribió un poema y lo guardó en el bolsillo del saco que había sobre la Piedra de los Suicidas. Ese fue el nacimiento de don Rodrigo de Arce. Desde entonces, muchos de los suicidas del Salto aparecieron con baladas firmadas por el misterioso poeta. Eran unos versos llenos de disparates.

¿Quién era don Rodrigo de Arce? Los lectores de El Tiempo sólo sabían que la mayoría de los suicidas dejaba versos manuscritos, autoría del mencionado vate. Después

fueron apareciendo algunos datos sobre el ficticio personaje.

Las baladas escritas por Rodrigo de Arce, heterónimo de Ximénez, se basaban en la historia del suicida. Si era pobre, la balada era un lamento ante la pobreza; si tenía novia, o estaba enamorado, era un canto de despecho:

Suicidio Espectacular. Un desconocido se dio un balazo y luego se arrojó al Tequendama. A la 1:30 de la tarde de ayer se



registró en el Salto del Tequendama un doble y espectacular suicidio, que fue presenciado por los señores Enrique Micolta, Marino Caicedo y Camilo Caicedo, quienes ayer concurren a la catarata en calidad de turistas.

(...)

Sobre la famosa piedra que está situada a la margen izquierda del Salto, halló el policial un libretín de apuntes, que contenía varias rogativas a los santos y además los siguientes versos, copiados a máquina en una hoja de exfoliador, que según parece, son parte de la producción de don Rodrigo de Arce. Dicen así los versos:

Balada de Odiosas Perras

En el silencio que me cubre
cuatrocientas perras sarnosas
aúllan, maúllan y gimen
desaforadas y aparatosas.
Cuatrocientas perras fatídicas,
horripilantes, fantasmagóricas.
Rebaño infernal y famélico,
apetito saciado de sobras.
Cuatrocientas perras macabras
como cabras saltan rabiosas.
Sus 1600 patas mueven
en pantomimas estrambóticas.
Cuatrocientas perras hambreadas
van vapulando con sus colas,
cocolas peladas y apáticas
—látigos del diablo— la
atmósfera.

En sus pelambres 10.000 pulgas
excomulgadas danzan locas
y la negra sangre les chupan.
La podre líquida succionan.
¡Ay! cuatrocientas perras tísicas!
Cuatrocientas perras de mofa
25.000.000 de pelos,
800 pupilas de sombras.
Hueso soy yo, tímido hueso
esqueleto de mi memoria.
¡Nadie me libra! ¡Que perezco!
Cuatrocientas perras me acosan.
Rodrigo de Arce

Estas baladas trascendieron las fronteras de Colombia y fueron reproducidas en diarios de Argentina, México, y otros países de América. Eso de que en Bogotá hubiera un poeta especialista en suicidas era un caso muy curioso para los periodistas extranjeros que lo destacaban como una novedad. En Colombia también despertaba mucho interés. Así jugaba Ximénez con la curiosidad de sus lectores. Así le quitaba solemnidad a la muerte.

Las directivas de El Tiempo conocían el verdadero origen de Rodrigo de Arce y de Rascamuelas. Pero Ximénez era un cronista fuera de serie, y por eso casi todo le estaba permitido.

Los colegas de Ximénez también conocían la identidad del poeta de los suicidas, por eso cuando algún lector los interrogaba al respecto, ellos esbozaban una sonrisa maliciosa y se hacían cómplices de la Ximenidad.

Rodrigo de Arce también fue prolífico; en el semanario Sábado escribió sus baladas cacofónicas, sus peligrosas recetas de cocina, la popular sección de encuestas y su Teatro en Verso, entre 1943 y 1946. También escribió, desde 1944 y hasta su muerte, la columna Buenas tardes, en El Espectador. Y fue protagonista de varios relatos en los que se desempeñó como detective.

Rodrigo de Arce, bufón sin corte, vivía dentro de Ximénez, era la parte cómica de este cronista que vertió su mitad trágica en las crónicas sobre la ciudad, donde la risa se transformaba en una mueca de horror.

REVISTA DE LA CIUDAD

En esta sección, que apareció por primera vez en 1934 y que al comienzo firmó con el seudónimo de Stance, quedó guardada la mejor parte de todo lo producido por Ximénez en su vertiginosa y prolífica carrera de periodista.

Aquí muestra la tragedia de los campesinos que dejan la tierra para ir a la urbe que los enreda y los transforma: a muchos los convierte en timadores, rateros, pordioseros. A las mujeres les roba el color rosa de sus "mofletes" que es reemplazado por pinturas baratas, y luego las lanza a las cocinas, los bares, o al barrio donde, como diría Ximénez, la risa escandalosa, la mirada lasciva y la puñalada traicionera son parte constante del decorado.

José Joaquín escribió sus mejores crónicas y entrevistas de personalidad entre 1934 y 1939, y

es lamentable que haya sacrificado gran parte de su Ximénez narrador para dedicarse a sus comentarios, donde nunca alcanzó la calidad que había logrado como cronista.

En Revista de la Ciudad aparecieron muchas entrevistas de personalidad y algunos textos que ya mostraban el embrión del reportaje.

Entre 1934 y 1939, José Joaquín produjo crónicas prodigiosas que durante muchos años han estado sepultadas en páginas amarillentas, en tomos que se pueden comparar con otras milenarias.

Después de su muerte, la Biblioteca Popular de Cultura publicó una antología de sus crónicas, pero el libro casi ha desaparecido.

Homero, Cervantes, Azorín, Dostoyewski, los naturalistas, los románticos.. son muchas las influencias que se notan en Ximénez, quien se muestra modernista en su manera de darle flexibilidad al castellano, y clásico en el uso de términos arcaicos y en el lenguaje pulcro, castizo. Algunos de sus artículos parecen una parodia a Cervantes.

Seguramente en algo lo influenció José Antonio Osorio Lizarazo, quien también dedicó muchas de sus páginas a los pobres y a la clase media. No pudo ser simple coincidencia; José Joaquín siempre quiso emular a quienes consideraba los mejores.

En un artículo publicado el 8 de febrero de 1946, en El Tiempo, con motivo de su muerte, se dice acertadamente:

"...podía admirarse la elasticidad y gracia de su prosa, de fuertes raíces clásicas, alimentadas por la lectura de los maestros del idioma. En ese estilo, sin embargo, había siempre una novedad espontánea, que nada tenía de hechizo ni artificial. La

poesía, el amor, el humor, lo iluminaban con sus diversos y cambiantes matices y le daban una singular riqueza expresiva".

Ximénez no se limita en la técnica. Prueba diferentes ángulos de narración, variadas maneras de presentar el tema o el personaje, y busca siempre caminos nuevos. En ocasiones es demasiado subjetivo, otras veces permanece como observador pasivo.

Generalmente no encumbra al personaje, por el contrario, a veces lo caricaturiza, de modo sincero y desprevenido:

"Tiene cara de momia. Todo en él es arrugado, díscolo, único, personalísimo. En los ojos mongólicos le brilla la tremenda astucia racial..."

Ximénez tiene una enorme capacidad para transmitirle al lector lo que percibe de los lugares o los personajes. En la crónica sobre el anciano de un asilo, por ejemplo, escribe:

"Estas manos tiemblan en el aire y escarban las sombras. Sólo las pupilas, profundas, escondidas más allá de lo posible, indican vida. (...) Cuatro proyectos de lágrimas, trabajosamente, le caminan por las arrugas de las mejillas".

En 1941, en la revista Cromos, apareció por entregas El Misterioso Caso de Hermann Winter, una corta novela policiaca protagonizada por el detective y poeta Rodrigo de Arce. Aunque no es muy buena, es una de las pocas novelas policiacas colombianas, quizá la primera.

COLUMNISTA

Cuando Ximénez descolló como cronista sus comentarios pasaron a un segundo plano; los

escribió con menos frecuencia. Pero en 1939, sus crónicas comenzaron a perder calidad y frecuencia porque se dedicó a su nueva columna de opinión, bautizada con el nombre de Babel del Día.

De 1943 a 1946 esa columna apareció casi todos los días. Pero aunque fue un comentarista precoz, desafortunadamente no maduró mucho con el paso de los años.

En su primera época escribió comentarios en tono más serio; después se hizo escurridizo, fugaz en lo racional, burlón, irreverente, hasta terminar delirante, con la rematada locura de don Rodrigo de Arce.

Su Babel del Día es consistente sólo cuando se trata de alguna evocación, narración o semblanza; entonces surge el poeta profundo que vive a la sombra de Rodrigo de Arce.

Los comentarios de Ximénez valen más por su emotividad y por la belleza del lenguaje, aunque a veces altisonante y lírico, que por la fuerza de sus argumentos.

Algunos de sus artículos de opinión o comentarios quedan malogrados por los chistes, suicidas puñaladas asestadas por Rodrigo de Arce.

Entre Ximénez y Luis Tejada hay paralelismo: los dos tratan temas triviales, y ambos poseen una enorme capacidad para mover a la ternura y a la nostalgia. Los dos son cronistas precoces y prematuramente desaparecidos. Pero Tejada asume un constante tono serio, mesurado, mientras que Ximénez, perseguido por su duendecillo burlón y escurridizo, es más inconsistente como comentarista: a veces comienza con unas expresiones poéticas, propias del humanista atormentado ante los horrores del mundo. Pero de repente, en

la siguiente frase, aparecen las figuras locas, sin asidero en lo racional, obra del chiflado Rodrigo de Arce.

DEL REPORTAJE

José Joaquín fue un gran enamorado del periodismo. Para él, más que un oficio, era un mal que padecía con resignación:

"Cuando usted se haga periodista, reportero (y el buen Dios lo salve de infestarse de esa peste profesional..."

Del periodismo y del oficio de reportero hablaba con insistencia, y muchas veces se describía en su oficio, como en la crónica titulada El Periódico Por Dentro, donde se calificó con términos poco alentadores:

"Un cronista, un reportero vil, un escritorzuelo como yo, igualmente



estúpido e ingenuo..."

Cuando se es periodista por vocación, la vida, toda, gira en torno al oficio:

"La vida de un reportero es una estupenda aventura, un amable gozarse de la inteligencia. Las cosas se nos aparecen, de pleno, y así las gustamos, con un valor que tiene asomos de crueldad

masoquista. Todo nos es eventual, pasajero. Cuando nos damos cuenta, por razón de su cósmica grandeza, de un amor, de un dolor, de una alegría, ya se nos han ido, de las manos, los años venturosos. Más, precisamente, por esta desbaratada ansiedad y este temible afán vital, nuestra vida, aunque se empequeñezca por lo humano, resulta humildemente satisfactoria. ¿Qué importa que se nos pierda el ánimo y se nos ahogue en el silencio, el corazón, si a cada momento, a cada instante, Dios nos depara la fruta opípara de un reportaje?"

Aunque hace 50 años el reportaje todavía era confundido con la crónica, el informe, o la entrevista, Ximénez tenía mucha fe en este género. Afirmaba que "el periodismo moderno es todo reportaje".

Era un gran observador, estudiaba la técnica en su búsqueda del gran reportaje; la libreta y el lápiz le estorbaban, ¿Qué hubiera dicho de las grabadoras? José Joaquín reflexiona constantemente sobre el quehacer periodístico. En la entrevista a un académico venezolano, escribe:

"..Se tiene una idea absurda de lo que es un reportaje, aún entre los mismos reporteros, cosa solemne, aciagamente fundamental. El reportaje suele esconderse, hurtarse a sí propio. Saca todas sus defensas. Se reviste de una postura de artificio que le disfrazo la psicología. El reportero, posición extremadamente ridícula, va apuntando sus frases en el famoso cuadernillo. La presencia de las cuartillas y el lápiz constituye un obstáculo casi insalvable para la obtención de un mediano reportaje. El profesor, sin darse cuenta, asume la actitud clásica del reportaje. Yo lo

escucho. Más, a los pocos minutos, la charla del anciano se suelta, llana y sencilla. Este es el verdadero reportaje".

Caminos de Fuga

La muerte y la vejez son miedos constantes en Ximénez. Ama la muerte, la describe con ternura, pero la teme.

"Camino de fuga" es una expresión muy común en él; la usa para describir aquello que le da al hombre la opción de huir de la realidad, el dolor, las tristezas. Camino de fuga es el licor, la parranda, el amor, la muerte. Este verso lo repite en diferentes poemas, para referirse a la muerte o a la juventud:

"Eres camino de fuga que va y que nunca regresa".

Aquí contrasta juventud y vejez:

"A medida que la vida cursa ella misma nos va ofendiendo; dándonos rencores, amarguras; quitándonos ilusiones y ensueños; cancelándonos esperanzas. La juventud es una rica ropa que la vida nos arrebató. Y la vejez es la desnuda condición de uno mismo, con todas sus lacras, y tachas y verguenzas (...) A cada año que adviene se nos ajusta y endurece el corazón y la sutil substancia de la alegría se volatiliza en nuestro espíritu".

En este fragmento acepta la muerte y muestra resignación ante lo irremediable:

"Pues hemos de morir, amigos míos. Cualquiera día de estos se aquietará el alocado corazón. El fuego excelso del amor fenecerá en nuestro pecho. Ni la angustia,

ni la fatiga, ni el arduo deleite del ensueño, tendrán fuerza para perturbar la eterna quietud de la sangre. Del polvo venimos, al polvo tomaremos.."

La relación de José Joaquín con la muerte deja una sensación de asombro, fascinación. En su último año se refiere a ella con insistencia, como si la presintiera.

En agosto de 1945:

"...escribe este sujeto sus notas de agosto... Va una docena... Esta es la número trece. Puede ser la última nota... En ocasiones, la vida, como tu viento, se lleva las hojas que supieron sostener el grave peso del rocío, se nos lleva las cosas que mejor queremos y a quienes más amamos... He cumplido, así, mes caro, con tu nota número trece...".

Después, en la presentación del mes de noviembre, al referirse a los muertos, insiste:

"En la memoria de cada quien prende el recuerdo de los difuntos. Se medita en la poquedad y vanidad de la vida. Se piensa en que este noviembre, ¿por qué no?, puede ser el último que Dios nos depare".

El 15 de enero, José Joaquín descendió un largo trecho del Salto del Tequendama, para escribir una crónica sobre el primer carro que se precipitó allí, un taxi con dos pasajeros. Esa fue su última crónica.

Allí, donde cayeron los suicidas sobre los que Rodrigo de Arce escribió sus baladas, había mucha humedad, según él mismo lo cuenta en esa crónica:

"Bajamos en cuatro patas, literalmente, por un húmedo,

sinistro, áspero sendero que conduce a una peña. Allí, repechando el propio borde del abismo, adelantamos las cabezas hacia el vacío. Una humedad física, helada, desplacante, nos golpeaba. El estruendo del agua, al despeñarse, casi rompía nuestros tímpanos.."

Esa humedad le causó una gripe que después se le convirtió en neumonía. Una semana antes de su muerte apareció en el periódico para dejar su última sonrisa. Tras esa salida tuvo una recaída de la que no se recuperó.

Murió el 6 de febrero de 1946, a las seis y quince de la tarde, a sus 30 años recién cumplidos.

Al día siguiente, todos los periódicos de Colombia expresaron su pesar ante la muerte del cronista, considerado por muchos como una gran promesa para las letras de este país. El presidente y sus ministros, muchos periodistas y escritores, la joven viuda, los parientes, y muchos de sus lectores, desfilaron con el cortejo fúnebre.

A José Joaquín la muerte le vino de la mano de su gran pasión, el periodismo.

Esa muerte llegó como un camino de fuga definitivo para Ximénez, víctima de un sufrimiento cósmico. Apareció la muerte como su salvadora, y llegó de la mano de una noticia.

Es como si al final de cuentas, para cerrar el círculo, el periodismo, al que dedicó su vida intensa y fugaz, lo hubiera salvado de este mundo que sufrió con un dolor tan profundo, en el que su obra queda como un testimonio de vocación por el oficio de escribir, y su historia como un cuadro tragicómico, copia fiel de su sonrisa.